

se suponer que los analistas rehuyan considerar hecho tan romancésco cual debido á una promesa de baile, con el carácter de aventura caballeresca más bien que de estratégica combinación.

No sabré resolver si aciertan los que bajo el último aspecto celebran la sorpresa de Amiens, en que tanto se arriesgó, sin ganar otra cosa que honra perdurable, pues la plaza no pudo conservarse, apartada como se hallaba del círculo y base de operaciones de los ejércitos españoles.

Sea como quiera, la comedia famosa *Por su rey y por su dama*, cuyo argumento varía muy poco de la narración que dejó escrita, ha sido representada con éxito, en términos que los reyes la escogían para exhibirla al público los días que oficialmente asistían al teatro. Si esto no prueba la exacta veracidad de un acontecimiento relativamente moderno, al menos atestigua que las fiestas de máscaras tenían importancia hasta el punto de ajustar treguas los enemigos para disfrutar de ellas unidas.

Lo averiguado sin género de duda es que Madrid gozó esta diversión desde que se estableció la corte en su recinto, según de sus anales resulta. Son muchas las mascaradas que se registran desde 1570 que se organizaron con motivo de la entrada de la reina doña Ana, esposa de Felipe II, y después crece su número tanto que, temiendo ser difuso, mencionaré sólo las principales.

Las hubo en 1598 por la entrada de la reina Margarita, mujer de Felipe III; en 1608, por la jura como príncipe de Asturias de Felipe IV; en 1623 para festejar al príncipe de Gales; en 1629 en celebridad del nacimiento de príncipe don Baltasar, en las que figuraron el Rey y los señores de la corte; en 1632 por la jura del príncipe anterior; en 1634 por la entrada de la princesa de Mantua, y en 1638 por el nacimiento de la infanta doña María, cuya dirección tomó á su cargo el conde-duque de Olivares.

Suspendamos la nómina, que ya cansa tanta mascarada; pero no está en mi mano terminarla una vez en pleno reinado de Felipe IV, monarca tan infeliz como divertido, á quien los cascabeles de la botarga no permitían oyese el ruido del poderío español que se derrumbaba por todas partes. Aprovechemos su afición para dar cuenta en cuatro rasgos de cómo eran tales fiestas, sirviéndonos de pauta las celebradas en 1637, particularmente el 15 de febrero, con pretexto de la elección del rey de Hungría, cuñado del monarca, por rey de romanos.

Se alzó para ellas en el Retiro, á su entrada por la Carre-

ra de San Jerónimo, una plaza de madera con cuatrocientas ochenta y ocho ventanas, ricamente adornadas, que alumbraban siete mil luces; pues las funciones en que figuraba el Rey y toda su corte á caballo, fueron de noche. Nueve días duraron, repitiéndose los tres de Carnaval; en los cuales compañías de farsantes, conducidos en carros fantásticos, representaban mogigangas alusivas.

¡Lamentable ceguera que á mi pesar me cion! No contento el soberano de dos mundos con papel tan impropio de su elevado carácter, hizo publicar un bando previniendo: «Que ninguna entrase en el Retiro con armas y sin máscara en el rostro.» Por manera que la justicia estuvo su perdida aquellos días ó para solicitarla fué preciso que Momo prestase su disfraz.

Mas consecuentes habían sido los ministros de Felipe III cuando, á fin de que no se interrumpiesen los ocios del Rey, prohibieron en absoluto á todo pretendiente la entrada en la residencia real, donde S. M. había venido á holgarse, no á despachar pretensiones.

Error es estos dignos de censura, en pables los consejeros que los autorizaban, pero á igual observación que otros de nuestras costumbres se prestan los que voy refiriendo.

Sin remontarnos á las luchas del circo romano, coetáneos eran los bailes y alegorias mitológicas en que Luis XIV de Francia danzaba convertido en deidad pagana, con traje bien suelto, en medio de su corte, transformada en comparsa de dioses menores, y sin embargo, Luis XIV engrandeció su reino y dió nombre á su siglo. Celebres eran las máscaras de Venecia, y acercándonos más, de mascaradas tuvieron mucho las fiestas de la diosa Razón en la primer república francesa, sin contar lo impío y liberticida.

Al menos las mogigangas de Felipe, si costaban ríos de oro, nada ofendieron á la decencia, ni por sanguinarias se las tilda.

Lo malo siempre lo es y debe reprobarse, mas sin perder de vista que cada tiempo tiene sus feos lunares, que las circunstancias explican cuando no disipan.

Las de entonces, bajo cualquier pretexto, consideraban oportuna la mascarada; así es que en 1638 el nacimiento de la infanta Maria Teresa, en 1648 el bautismo del príncipe de Fez, hijo del emperador de Marruecos; la entrada de doña Maria Ana de Austria en 1649; el nacimiento del príncipe Próspero en 1658; la entrada y casamiento de la reina doña Maria en 1680; en 1690 la venida de doña Mariana de Neo-

bourg, en la que figuraron vistosas comparsas de hombres disfrazados de leones, tigres y salvajes, dieron ocasión á mascaradas; pero no dije harto, hasta el enfermizo Carlos II prescindió de hechizos y conjuros en 1691 y 93 para celebrar con máscaras el restablecimiento de su salud y la de su madre.

Félice V se mostró tan adversario de las máscaras como lo fué de las corridas de toros; cosa rara, en verdad, en quien procedía de la corte de Versalles, donde la careta se hallaba muy en boga; pero ello es que las anatematizó, según consta en la Novísima Recopilación, y su bondadoso sucesor Fernando VI sostuvo las prohibiciones. No lo hizo así Carlos III, antes bien, reglamentó la diversión al paso que la permitía, ordenándola de manera que de comparsas en que no tomaban parte las familias, como eran antes, pasó á festivo recreo para todos.

Este resultado ofrecieron los bailes en el teatro y la instrucción en que se dió al efecto en 1767. Desde entonces el disfraz se hizo costumbre social, creciendo el uso con la invasión francesa, durante la que se generalizó en calles y plazas los días de Carnaval.

Aunque parezca contradictorio, formaban las procesiones en lo antiguo parte de las fiestas públicas, ya excitando el piadoso regocijo de los fieles, ó bien por la animación que la concurrencia y bullicio promovía en el ánimo de los menos fervorosos. Así lo consideraba la Iglesia, según las ceremonias que autorizaba en la del Corpus en el siglo XVI, que nos servirá cual de norma para comprender cómo eran las demás.

La víspera por la mañana salía de la parroquia de la Almudena el *Mogigón*, que era un hombre vestido grotescamente, con una vara en la mano y dos vejigas de carnero infladas en la punta. Acompañaban á éste una porción de hombres y mujeres vestidos de ángeles, ellas con San Miguel al frente y ellos á la morisca, seguidos del tamboril y la gaita de la Villa. Detrás llevaban la *Tarasca*, figura de sierpe con muchas cabezas, que unos dicen representaba la idolatría y otros Ana Bolena de Inglaterra. Presidía la comparsa un sacristán, asistido de dos acólitos con túnicas azules y encarnadas á rayas, alternando en tocar unas campanillas en señal de aviso á los vecinos de la carrera que había de llevar la procesión para que adornasen las ventanas y balcones. De vuelta, parábanse todos en el retablo dispuesto frente á la iglesia de Santa María para el *Auto Sacramental*, y comenzaba la pantomima, reducida á una pelea simulada en

tre los ángeles y los moros, en que acababan estos por ser vencidos, cortando San Miguel la cabeza á un pelele, representación de Mahoma, que arrojaban al fuego con suma grita y alboroto, aumentado por los vejigazos y saltos del *Mogigón*.

La carrera estaba entoldada como ahora, y á trechos colocados altares dispuestos por las iglesias del tránsito y la devoción de los fieles, donde solía hacer estación el Santísimo. No faltaban puestos en que se vendían *confites del Santísimo Sacramento* y bolas del *Mogigón* en forma de estrellas acarameladas y dulces los primeros, y de tortas los segundos; muy buenas agujas para enhebrar vino, como entonces se decía.

A la madrugada siguiente acudían al templo de la Almudena los jóvenes elegantes de ambos sexos, á ver la *tarasquilla*, el *tarascón* y los *gigantones*, pues conviene saber que éstos eran los figurines de la moda que había de regir aquel año, y los sastres y costureras competían en vestirlos con lujo, así como los peluqueros en adornar la cabeza á ellos y á la *tarasquilla* al gusto del día.

Consecuencia de esto era emparejar la solemnidad del Corpus con la feria en Madrid de los objetos de última moda, de que los mereaderes se apresuraban á llenar sus tiendas, y los aficionados á comprarlos en obsequio á las personas á quien tuviesen voluntad, ó bien por ser de los primeros en seguir las novedades.

A las diez salía la procesión de la iglesia de Santa María, compuesta de igual manera que la comparsa de la víspera, excepto que la *tarasca* llevaba sobre sus espaldas la *tarasquilla* y el *tarascón*. Seguía un carro plano conduciendo á los farsantes que habían de representar el *Auto Sacramental* divirtiendo al pueblo con gestos y ademanes, impropios de tan augusta solemnidad; después iban los niños acogidos por la villa, comunidades religiosas, clerecía, caballeros de las órdenes, consejos, la real capilla, arzobispo de Toledo, pajes del Rey con hachas, las andas con la Sagrada Custodia, el ayuntamiento con el palio, el Rey y familia real, los preladados, grandes de España, embajadores y títulos de Castilla, cerrando la marcha una guardia de honor.

Entrada la procesión en la iglesia, subían los farsantes al tablado á representar los misterios ó autos sacramentales, por lo común exornados de canto y baile, hasta el anochecer, que se reservaba el Santísimo.

Dentro del templo y durante la tarde, la irreverencia tomaba otra forma, según vemos en escritos de aquel tiempo.

Acudían las señoras á velar, cubierto el rostro y con un cirio encendido ricamente adornado, siendo costumbre les acompañasen los jóvenes caballeros en su oración, interrumpida á veces con requiebros y galanteos, terminados con escenas desagradables dentro de la iglesia.

Desde muy antiguo se lamentaban semejantes profanaciones por los hombres sensatos y religiosos; pero la preocupación del pueblo y aun del clero era mucha á favor de tan grotescas y profanas costumbres, y costó trabajo extinguirlas.

Por fin el año 1868 se prohibió á las mujeres figurar en las procesiones, encomendando á niños el papel de ángeles que representaban aquéllas; fué prohibida también á las señoras la vela al Santísimo por la tarde y noche, así como lo fueron las confiterías provisionales en la carrera. Felipe III mandó que la *tarasca* quedase á la puerta del templo durante la procesion, para evitar irreverencias, y en el reinado de Felipe IV fueron suprimidos los autos sacramentales y las danzas, en absoluto.

Los establecimientos de baños se han considerado siempre como de recreo, ya que no de necesidad, y con mayor razón parece debieran haberse apreciado entre nuestros mayores, que tantos usos y costumbres tomaron de los árabes, para quienes las abluciones eran precepto religioso, á más de constituir sus delicias. Pero en Madrid sucedió todo lo contrario. No tan sólo desaparecieron los baños de la antigua puerta de Balmadé, y sobre todo los de la parte opuesta, sitos en la calle de Segovia, en el lugar que aun se nombra *Caños Viejos*, que antes se llamaron *Huertas del Pozacho*, por la abundancia de sus ricas aguas, en que se bañaban los reyes cuando venían á la villa, y cedieron posteriormente al concejo; no tan sólo, pues, como iba diciendo, se perdieron, sino que apenas hay memoria de que en Madrid existieran baños públicos, á no ser unos en tiempo de Felipe II en la Puerta del Sol, cerca de donde estuvo el convento de la Victoria, y otros en la calle del Niño, hoy de Quevedo, en cuya casa dice este escritor, con el lenguaje intencionado que le era propio, *se lavaba todos los veranos la carne podrida de la carnicería de la calle de Francos, la mancebía y de otras tablas de lo añejo*.

Siendo así, bien merece la falta se haga mención de ella, por lo rara, como de otras cosas por su abundancia, sin meternos á considerar si este desvío de los madrileños hacia los establecimientos balnearios sería nacido de la prohibición de Alfonso VI, que reparando, según sus historiadores,

que por el demasiado uso del baño se criaban los españoles afeminados y poco aptos para la guerra, mandó destruir los que habia, prohibiendo á sus vasallos edificar otros nuevos.

A ser la sospecha cierta, nunca se ha visto en España orden mejor obedecida por los vecinos de la villa y corte, pues contentos con refrescar sus miembros en el Manzanares, en nada menos pensaron que en procurarse mayor comodidad en recintos cubiertos hasta nuestros días.

No manifestaron igual indiferencia los madrileños con respecto á celebrar el mes de las flores.

Costumbre fué antigua en muchos pueblos plantar en la plaza el 1.º de mayo un árbol frondoso, que por lo común era un álamo, adornándole con cintas, flores y pabellones de colores vivos, á cuyo pié sentaban á la joven más bella, bailando á su alrededor las mozas y mozos, con tal bullicio y regocijo que llegó á merecer prohibiciones civiles y hasta censuras eclesiásticas. Sin embargo, nuestro país continuó y continúa bailándose en torno del Mayo sin que haya nada que reprochar; y si bien en Madrid no queda memoria de tal antigüalla, existe por cierto de la Maya que la substituyó en muchas partes, con circunstancias que no son para olvidadas.

Era la Maya, según se ha indicado, la soltera más hermosa del barrio, elegida por común acuerdo, cuya puerta y ventanas se engalanaban la noche anterior con enramadas fragantes y recién cortadas. A la mañana siguiente, ya entrado el día, venian á buscarla sus compañeras, vistiendo sus mejores galas, atronando la calle con el estruendo de los panderos guarnecidos y cruzados de cascabeles, y el repicar de las castañuelas en desacorde y animado concierto con las guitarras que tañían los mozos, y las no menos alegres y desentonadas seguidillas dirigidas á la reina de la fiesta desde sus umbrales, donde se detenian á *echarla coplas*, compuestas muchas con discreto ingenio por algún *sopista* favorito de tratantes y vendedoras.

Previo este anuncio de su llegada, entraba en la casa la comitiva, y sentando á la Maya en un taburete que llamaban la *Silla de la Reina*, adornado con flores, listones y sederias, la suspendían en sus brazos dos jóvenes de los más gallardos, conduciéndola al portal preparado de antemano para la función, con cuantas tapicerias, colgaduras, alfombras, cuadros y cornucopias habian podido reunirse, que nunca faltaban, pues sabido es la familiaridad con que las personas de mayor distinción tomaban parte en estos desahogos populares, mirándolos como asunto propio, seguras como estaban del agradecimiento y respeto con que se consideraba su benevolencia

Colocada la Maya en su trono, la coronaban sus compañeras, ceremonia en que las flores constituían los atributos de la soberanía, siendo la soberana símbolo de la Primavera.

Si la suavidad del tiempo ayudaba, el sitio de la reina era la puerta de la calle, y de este modo ó en lugar más resguardado, comenzaban el baile las jóvenes solas, que seguía sin interrupción hasta la noche, pues nunca faltaba quien sustituyese á las cansadas bailarinas, tocadores y cantantes.

Mientras esto sucedía, otras mozas, que se procuraba fuesen agraciadas y decidoras, recorrían la calle y sus inmediaciones con platillos, bandejas y escudillas de fino pedernal, china y aun de plata, frecuentemente cedidas de buen grado para la fiesta, saliendo al paso á los transeuntes ó curiosos que se detenían, invitándoles con singular gracejo á echar algunas monedas para la Maya, guiándoles donde se hallaba, seguras que, viéndola, no habría quien negase tributo á su belleza.

Y calculaban con acierto, pues de seguro estaría hecha un pedazo de cielo la muchacha en su rico asiento con guardapiés de tisú, jubón rojo de veludillo con cuchilladas de raso blanco, trenzado el cabello con cuentas de perlas, al cuello dobles sargas de corales y arracadas colgantes hasta los hombros, sin contar las flores, las joyas que lucía en el pecho y por complemento chapines con varillas de plata ó zapatos bordados de tacón alto y punta encorvada, por cetro un abanico de plumas, la sonrisa en los labios y el carmín en las triguerías mejillas, no sabré decir si por efecto del rubor ó de la vanidad mujeril satisfecha en su más constante aspiración.

Los barrios que alcanzaron fama de poner Mayas mejores fueron los de la ermita de San Millán, en la plazuela de la Cebada, la Morería y Puerta de Moros.

En algunos no salían las mozas á la calle, sino que asomada la Maya á una ventana, desde allí pedían sus compañeras á los que se acercaban á contemplar el lujo y encantos de la beldad primaveral y su halagüeño séquito.

Como parodia ridícula de las Mayas solían los mozos alquilar una vieja, á quien coronaban de ristras de ajos, vestían con ropas extravagantes, aumentaban aún más su fealdad guarneciéndola el cuello con cascarrones de huevo, colgándola en las orejas guindillas ó trozos de patata, poniendo en sus manos un grande abanico de los que llamaban de novia, y con este arreo descomunal la colocaban en un zaguán á la expectación pública.

Espectáculo por cierto nada honroso para los que tomaban parte en tan grosera burla.

Es indudable que en tiempo de Felipe III existía en Madrid la fiesta de las Mayas, puesto que el poeta Vargas pone en boca de una presumida los siguientes versos, dirigidos á su galán:

En prueba de que soy bella,  
 sabe que he sido la *Maya*  
 debajo del Alarnillo  
 de la puerta segoviana:  
 que el rey Felipe tercero,  
 que tiene de galán fama,  
 prendado de mi hermosura  
 arrojó el oro á mis plantas,  
 y alargándome la mano  
 que dos mundos avasalla,  
 me dió un beso en la mejilla  
 hechizado de mis gracias,  
 diciéndome: niña hermosa,  
 eres diosa de las *Mayas*,  
 perla rica de mi corte  
 y la reina de las hadas.  
 Bendito el florido mayo  
 que la dicha me guardaba  
 de ver Maya que jamás  
 cual tú se miró en España.

Este es un muy curioso y respetable historiador de Madrid; D. Basilio Sedes de Castellanos, cuyas noticias me sirven de grande auxilio, dice que la costumbre de las Mayas subsistía durante Felipe IV, y lo prueba con el testimonio de una causa que dice haber visto en un archivo cartulario de Madrid, en la que se condenó á doscientos azotes y seis años de galeras á Pedro Rendón, Juan Diaz y Antonio Pérez «por haber acometido con navajas á Petra Redondo, cuando hacia de Maya en el Prado de San Jerónimo, é hiriéndola la quitaron las alhajas que tenía puestas por valor de doscientos ducados y maltratando á tres de sus compañeras, á quienes quitaron las arracadas, rasgando á una las orejas.»

El mismo autor añade que las damas de Palacio constaba que divertían en el juego de las Mayas, según copia que posee de una cuenta firmada por Josefa de Silva, *cosedora trágica* de la reina doña Isabel de Borbón, mujer de Felipe IV, en que se encuentra esta partida: «Por un manteo de tisú de oro y guarda-infante recamado, de Florencia, componerlo para la dama Arnedo y Santa Lanuce, que hicieron de *Mayas reales*



en el Palacio el mayo de este año (aquí hay un signo que no sabemos si será reales, ducados, escudos ú otra cosa). La fecha de la cuenta es junio de 1622.

No se menciona la costumbre de las Mayas duran e el reinado de Carlos II. Entonces debió concluir, sustituyéndose a la *Cruz de mayo*, el 3 del mismo, tan molesta, antipoética y ofensiva á la cultura de un pueblo como aquella fué galante á su manera, ó por lo menos original.

Este año se ha prohibido por primera vez. Séale la tierra tan pesada como fué á los transeuntes por la vía pública la importunidad de los chiquillos y mozas tempraneras, que á falta de escuela y afición á los quehaceres domésticos, se echaban á la calle á pedir cuartos sin causa ni fundamento.

Mudando de asunto, ¿de dónde proviene la frase popular *coger la verbena*? Se ignora. Los pareceres son muchos, la seguridad ninguna. La verbena fué para los anti uos u a hierba sagrada á la cual atribuyeron propiedades maravillosas que no tiene. Quizá fuera necesario para que no las perdiese cogerla en noches y época determinadas, como el *maér-dago sagrado* de los druidas. Los cristianos conservaron la frase con la costumbre, olvidando su origen y convirtiéndola en una especie de romería nocturna. Así llegó en Madrid al siglo xvi, en el que se celebraban las verbenas las vísperas de San Juan y San Pedro, á las inmediaciones de la ermita de San Blas, sita sobre el cerrillo de su nombre, en el campo de San Jerónimo, muy extenso á la sazón, no existiendo el Botánico ni la cerca del Retiro.

No desmintieron nunca tales aniversarios su proceder e a gentilica, aunque sin menoscabo del sentimiento piadoso, pues mal puede haberle donde no se tiene en cuenta para nada la religión. Se congregaban los madrileños las noches anteriores á la fiesta del Precursor y del Principe de los Apóstoles, sin tomar su devoción como pretexto de las músicas, bailes, enramadas á las damas, refrescos y cenas al aire libre; por consiguiente, caso de incurrir en pecado, no sería por irreverencia, sino á causa de la falta en sí misma.

Tan desconocida, como la supuesta cogida de la verbena, era la costumbre de encender grandes hogueras la víspera de San Juan, saltar á través de ellas, ó por lo menos, danzar en torno, cuando más se apetece el fresco. No hay duda que su origen tendrá uso tan con radietorio y sin explicación aceptable entre la variedad de opiniones. Ello es que recuerda con todas sus circunstancias el culto dado al fuego por los antiguos pueblos de Fenicia y Egipto, y la purificación

que juzgaban obtener pasando entre las llamas, y aun sacrificando niños en ardiente holocausto á Moloch, Baal, Vulcano, ó como quiera llamarse, pues por mi parte no insistiré en el asunto, ni menos me propongo aclarar si será un confuso testimonio, como los famosos teros de Guisando y otros, que nos dejaron de su existencia los pobladores que del valle del Nilo y orillas del Mediterráneo aportaron á la Península ibérica.

En el siglo XVII cambia el lugar de las verbenas en Madrid de un extremo al opuesto. Desde Atocha se mudan al Soto de Migas Calientes, Sotillo del Corregidor, Fuente de la Teja, Campo de la Rivera y camino del Pardo, sitios que serán célebres siempre por las citas que de ellos hacen nuestros dramáticos de la buena época, en tanto número y tan conocidas que fuera excusado reproducir. Ventaja llevan, con efecto, los frescos sotos del Manzanares al Cerro de San Blas y sus inmediaciones, por amenidad que se le suponga entonces, para las misteriosas correrías de los madrileños; pero la transición fué rápida, y no se encuentra mejor causa que haberse construido la ermita del Angel de la Guarda el año 1608 á la otra parte del río donde hoy se halla la puerta del Angel en la Casa de Campo. La novedad llevaría al pueblo en un principio á lugares tan frescos, despejados y frondosos; experimentó sus ventajas y no fué necesario más.

También la festividad de la Virgen del Carmen celebraban los madrileños con enramadas y verbenas, nada menos que desde el año 1577, aniversario de la dedicación del templo que se elevó en la calle del mismo nombre, en el sitio donde se hallaba la célebre Mancebía cercana á la Puerta del Sol; pero fundado en la calle de Alcalá el convento de observantes de la reforma, carmelitana, en 1586, su mejor situación comenzó á distraer algún tanto, aunque poco, la concurrencia del primitivo lugar, hasta 1618, en que, habiendo erigido en el Carmen Descalzo el desgraciado marqués de Siete Iglesias la capilla de Santa Teresa, consiguió del Corregidor prohibiese la verbena de Nuestra Señora en la calle que de costumbre se celebraba, bajo pretexto de ser muy estrecha. Para hacer agradable al pueblo la mudanza, dispuso D. Rodrigo fuegos artificiales la primer noche, y por la tarde habían acudido los cortesanos, ansiosos de atraerse la voluntad del favorito, á quien perdieron y calumniaron, al camino de Alcalá, ostentando sus lucidos coches y lacayos.

Pero la innovación fué corta. Volvió la fiesta á celebrarse donde tuvo principio, hasta que la imposibilidad de revolverse la multitud en tan pequeño espacio la hizo desaparecer.

Elevada en 1720 la capilla de San Antonio en el sitio de la Florida, en forma menos elegante que ahora está, y la de la Virgen del Puerto en 1728, también acudió el pueblo á estos sitios á regocijarse con bailes y músicas la víspera del santo abogado de las cosas perdidas y en la Natividad de Nuestra Señora. Posteriormente el buen gusto de Carlos III regularizó el Paseo del Prado, y la circunstancia de hallarse dentro de la población, su belleza y frescura, y más que todo el cambio de costumbres, que ya no requerían ancho espacio y umbrías florestas para tanta misteriosa aventura, tanta cená bajo tiendas levantadas á orillas del río, y tanta música que alegrase la noche con armónico y lejano concierto. Aquellos galanes de capa y espada, aquellas encubiertas que de sus literas descendían á cumplir una cita de amor ó de capricho, las disfrazadas bellezas que á favor de la oscuridad burlaban la vigilancia de un padre ó de un hermano, necesitaban sombra y la buscaron, así como las anchas alamedas del Prado moderno satisfacían los hábitos de otra generación más comunicativa, y la fiesta se vulgarizó de manera que las riñas, pendencias y cuestiones hicieron abandonar el campo á las personas que pudieran honrarla. Hé aquí por qué las verbenas dejaron de ser, sin que reste ni aún pálida copia de lo que antes fueron.

Lo mismo sucedió, con ventaja para la decencia y cultura, á las groseras carnavaladas que tenían principio el día de San Antonio Abad, protector de las bestias útiles al hombre, especialmente de los animales de cerda, creencia sin duda originada de pintar al Santo con un cerdo á los pies, simbolizando la impureza de que el bienaventurado anacoreta triunfó, si acaso, según otros aseguran, el supuesto cerdo no es un ratón egipcio, emblema de que el penitente solitario fué de aquel país.

Una y otra cosa son creíbles. Los pintores y escultores de los siglos bárbaros poco á poco irían agrandando el ratón, hasta convertirle en animal de bellota, y á pocas vueltas fué acompañamiento obligado del Santo, como el dragón nazo de la Magdalena, el perro de Santo Domingo y la paloma de Santa Teresa, si bien éstos hayan tenido fortuna en que no se altere el sentido de las alegorías.

De esta mala inteligencia nació en lo antiguo la costumbre de mantener en común el cerdo del Concejo, tanto en Madrid como en otros muchos pueblos, así como la coronación del *rey de los cochinos*, que se celebraba el día de San Antón, remedo de la fiesta de los locos y de los asnos de la Edad Media.

Estaba reducida á coronar para todo el año á uno entre los porqueros encargados de cualquiera de las parras del término, y los desórdenes fueron tantos y de tal indole, que en 10 de enero de 1619 se publicó un bando del corregidor previniendo «que la mogiganga del rey de los cochinos no pase por la villa, sino que vaya por fuera al templo de San Antón, en el que no se la permitia entrar, ni aguanten los ministriles irreverencia alguna, añadiendo penas á los infractores. Modificado algún tanto el repugnante abuso, se dejó el Consejo poderle suprimir en absoluto, y así lo hizo en 1697, por irreverente al culto del Santo y ofensivo á la majestad del Rey. Sin embargo, en 1722 volvió á celebrarse, creyendo tal vez era permitido en la nueva dinastía, cuando ya la anterior fué objeto de prohibiciones: pero á causa de algunas desgracias ocurridas en la bárbara saturnalia, se aprovechó la oportunidad de los bandos anteriores y volvió á ponerse en toda su fuerza y vigor, sin que haya memoria de que se infringieran en adelante.

La bestial farsa daba principio inmediato á la capilla de San Blas, donde se hallaban reunidos los porqueros de la villa con los verracos y el Concejo, adornados de cintas y campanillas, y poniéndolos en línea ante la puerta, donde se halla colocado una artesa ó gamella con cebo, al primero que llegaba le declaraban rey.

Esto era sólo el prólogo de las irreverencias y barbaridades que habian de seguir. Estaba declarado cuál era el puerco más digno: faltaba saber qué porquero le excedía en merecimiento. Para averiguarlo se echaban suertes entre los zagales jóvenes, y al afortunado se le vestía de San Antonio, pareciendo imposible, dándole un báculo y una campanilla, y montándole en un burro sarnoso, se dirigia toda la chusma, ridiculamente ataviada, soplando en cuernos y tocando centcerros, al convento de San Antonio, sito dentro del Buen Retiro. Allí paraba lo que llamaria bacanal, si no fuera hacerla mucho favor, y subiendo á un lugar elevado al cerdo rey y al porquero favorecido por la suerte, se le despojaba de su vestimenta, sus ituyencola con un manto de estera, y montándole en el gorrino, se quitaba á este la corona de ajos y cebollas, poniéndola en la cabeza del porquero, aclamándole rey. Justa preferencia de hombre tan indigno á un animal inmundo. Toda grandeza merece premio, y el aclamado en el Cerrillo de San Blas era magníficamente puerco.

No hay que ponderar los berridos y estruendos que suscitaba la ceremonia. Después de ella se encaminaba la turba multa al convento, y llegada á la portería, solicitaba el me-

nos ébrio, por orden de su rey, bendijesen los padres la cebada y paja que llevaban para las bestias y el pan destinado á los acompañantes. Los religiosos, sin poder negar la bendición solicitada, y lamentando la forma en que se pedía, marcaban la cruz en el pan, entregándolo al soberano porqueril para distribuirle entre los de su comitiva. Con esto ya no restaba más que hacer sino regresar al sitio de la partida, donde, verificada una comitona, duraba la borrachera y escándalos hasta bien entrada la noche.

En desagravio de los fueros de la especie humana debo consignar que la mayor parte de los atropellos y desgracias fueron originados de resistirse algunos porqueros más racionales á tomar parte en la mogiganga y querer los otros obligarlos á la fuerza, naciendo de ahí la prohibición.

Desde que se establecieron en Madrid los PP. Escolapios de San Antonio Abad, en el convento que les cedió Carlos IV en 1794, sito en el camino de Hortaleza, la romería fué digna, buñliciosa y bizarra. Se bendice la cebada y los panecillos, lucen su gallardía los ginetes y el buen pelo y vistosos arreos de las cabalgaduras; el pueblo de Madrid acude á la fiesta con sus mejores trajes y las mozas de los barrios inmediatos á realzar la diversión con sus oportunos dichos y airoso baile, y hasta los reyes han sido presentarse á honrar las vueltas de San Antón en persona con lujosos trenes, ostentando troncos sin igual en calidad y estampa.

Otro de los usos impropios de la cultura del pueblo madrileño era el llamado *Entierro de la sardina*. Farsa culpable, que se hará mucho favor á los que tomaban parte en ella creyendo su extravío hijo de ignorancia.

Poco diré, pues ni aun gracia tuvo en su mismo desenfreno. Reducíase á celebrar merendónas la tarde del Miércoles de Ceniza á orillas del río, ó del Canal últimamente. Algunos muy pecos, vestidos con trajes ridículos y atributos propios de la muerte, llevaban en hombros un ataud ó cosa parecida con una sardina ú otro pescado, al que enterraban parodiando el oficio de difuntos después de un *Requiem* burlesco ó *Recorderis* irrisorio.

Se ha querido buscar analogía entre esta farsa y las procesiones egipcias. No es necesario remontarse tanto. Su origen, ni más ni menos, viene de que los menestrales de Madrid, especialmente los zapateros, tomaban á media mañana una ligera refacción, que por lo regular era una sardina, y como el santo precepto del ayuno les prohibía hacerlo, de ahí que enterrasen el pez *clupeo* el primer día de Cuaresma.

Por fortuna, apenas se conserva memoria de lo que fué

esta necia solemnidad, ó mejor dicho, ha desaparecido por completo.

Descritas las costumbres de Madrid en lo antiguo, ó por lo menos las principales, pues hay otras que ningún carácter imprimen ó son comunes en todos tiempos, he de mencionar, como de pasada, cierto género de establecimientos indispensables siempre y que de entonces acá han sufrido mejoras tan radicales que ni aun en sueños hubieran podido imaginarse los concurrentes á los de antaño.

Hablo de los despachos de comidas y bebidas muy frecuentes en Madrid y sus afueras, y á algunos de fama, como la hostería de Segura, la de Manucla, en el Campillo, ambas concurridas de caballeros, y las *baluacas* fuera de la puerta de Atocha, origen del pueblo de Vallecas, alterado el nombre, donde asistía la gente común á solazarse, como ahora en su puente.

Que los hubo no hay que dudar, y que tuvieron el privilegio de que los mencionasen buenos poetas y prosistas también; testigo cierta redondilla, modelo de jugar del vocablo, en una comedia antigua, que dice:

—He reñido á un hostelero.

—¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

—Porque cuando donde como

Sirven mal, me desespero.

No había que buscar en estos lugares adornos llamativos de ninguna especie, ni mucho menos refinamientos culinarios: el más severo espartano no hubiera echado de menos ni aun la *salsa negra*, con la que tenía relaciones de parentesco el célebre *gigote* en escudilla; se iba á comer y nada más, confiando en la buena mano de la guisandera, sobre todo si eno vizeains. Unas paredes blancas, en cuanto lo permitía el humo del fogón y el tufo de los velones y candiles; un manojo de hierbas para matar moscas pendiente del techo; mesas largas de pino, bancos de igual madera, platos de Alcora, hé ahí el ajuar. Las viandas se presentaban en su natural forma, servidas en cazuelas de barro de Alcorcón, y el vino de Valdepeñas ó Arganda en jarros, más ó menos grandes, quedando á voluntad de los parroquianos trasadario á vasos de vidrio, puestos con notable previsión á la mano si eran personas bien nacidas los concurrentes, ó calculaba el huésped habían de usarlos para el agua, abundante y fresca, es cierto, pero que nada conservaba mejor que los boti-

jos y alcarrazas, que aún conocemos, de donde se tenía por melindre sacarla para beber. También se encontraban en algunos establecimientos los ricos vinos de Andalucía, Aragón y Navarra; pero quererlos de fuera del reino, hubiera sido pensar en lo excusado.

Y á pesar de todo algunos de aquellos despachos se ufanaban con el título de *posada de caballeros*, por más que otros, para que nadie se llamase á engaño, ponían en su muestra; *aquí se admiten arrieros, legos y demás gente ordinaria*. La buena fe sobre todo, excepto dar gato por liebre, aderezar pasteles con carne de yegua y bautizar el vino al extremo que no cesen de lamentar los buenos escritores de entonces, víctimas, sin duda, de las mistificaciones, según el conocimiento que de ellas tenían.

Las frutas de horno y sartén como pestiños, buñuelos, hojaldres, empanadas, etc. eran abundantes en las pastelerías, y tampoco faltaban en la corte: tiendas de confituras, conservas, turrón, alajú, melcocha, confites, frutas en almibar y mermeladas. Las damas no admitían obsequios en tales sitios, y quizá sea esta una de las razones de su mala traza, pero en cambio se dejaban comprar joyas en las platerías de la Puerta de Guadalupe.

¡Con qué estilo tan galán  
tantas joyas me compró!

cuenta cierta señora como la cosa más natural y galante de un caballero que la requiebra por vez primera, sin verla el rostro, entre muchos casos que pudiera citar.

La clase inferior se contentaban con menos.

Aquí en la esquina del Duque  
hay turrón: vamos, Martín,

dice un criado á otro, tratando de contentar á una moza de cántaro.

Las botillerías eran concebidas también, aunque sin otro regalo que horchata, limonada y naranja, Lipoceras y agua de nieve, muy apreciada entonces.

Mas en esta materia nadie disputaba la preferencia á las alojerías, tan respetables por su origen como por su consecuencia en la próspera y adversa fortuna.

Véase lo que acerca de ellas dije en la *Revista Contemporánea* de 30 de octubre de 1831: «...grato refresco concebido

con el nombre arábigo de *aloja*, servido invariablemente en enormes tazones de vidrio con dos asas, costumbre oculta en la noche de los tiempos.

»Esta bebida, compuesta de agua de arroz, miel y especias, se introdujo en España por los sarracenos durante las guerras de la reconquista, y tan conveniente fué contra la ardiente influencia del clima y preservativo tan eficaz de varias enfermedades, que los cristianos la adoptaron desde luego.

»Prueba de esto se conservó en la bandera blanca cruzada de rojo, distintivo indispensable en las alojerías, hasta su desaparición en recuerdo del emblema adoptado para señalar la tienda en que se vendía en el campamento de los fieles.»

Tabernas y tiendas de vinos hubo muchas, alguna que otra ha llegado hasta el día, pues no era poco antigua una frente a la Casa de Correos, que desapareció cuando el ensanche de la Puerta del Sol.

Allí suponía la murmuración vulgar sorprendió a sus hijas un corregidor, famoso por su severidad, mano á mano con dos guardias de Corps, y que dijo pañándose en la entrada del cuarto donde platicaban:

—Que os dejáis cortejar ya lo sabía; pero que fuéis borrachas lo ignoraba.

Estos últimos sitios nunca fueron concurridos de gente principal; pero á los anteriores acudían con frecuencia sin tenerlo á mengua: conducta incomprensible en quienes tan delicado gusto y pulcritud mostraban en su trato, á no ser por el atractivo de los contrastes. Los patricios romanos solían retirarse, como remedio contra el hastio, á vivir algún tiempo en la *rusticación*, sin gustar más que groseros alimentos, durmiendo en duro lecho y sin otra sociedad que bárbaros esclavos; los caballeros de la corte del Buen Retiro bien pudieran ser que obtuviesen igual resultado así: tienda á sus hosterías y figones.

.....mi terrero  
hago en tiendas, p'azuelas y en el río,  
donde hallo proporción á mi dinero;  
porque la más hermosa y entonada  
no pide más que aloja y limonada,  
dice uno de los personajes de Moreto, y como éste pulieran citarse muchos.



V.

Trazado el cuadro de las costumbres antiguas de Madrid con imparcialidad amiga y severa, según mi leal entender, sin ocultar las sombras ni desfigurar el contorno; faltaría darle colorido si no me detuviese á considerar algún tanto la influencia que la literatura pudo ejercer en la vida moral é intelectual del pueblo, es decir, en las necesidades más elevadas del alma.

Hay un vacío en nuestro ser que nada satisface. Lo pasado no existe, el presente siempre se juzga peor de lo que es; el porvenir nos ofrece lo que no hay aquí por qué nuestro entendimiento busca lo que no hay en la suprema belleza, en lo imaginario muchas veces; no real no es bastante á nuestra conciencia; la idea de lo infinito la encontramos en la religión velada en el misterio, y á todas estas aspiraciones si no satisface la literatura en sus diversas formas, sirve para calmar el exceso de actividad que la Providencia puso en nosotros á fin de conducirnos por el camino del bien fuera del tiempo y el espacio, al término de nuestro inmortal destino. Ese anhelar constante, ese más allá á que nunca llegamos es el que revela en las producciones literarias la lucha de un ángel caído por remontarse á su origen divino de entre las sombras que le rodean.

Bajo este concepto las obras del entendimiento reflejan el carácter, las ideas, la vida moral de un pueblo. Sean buenas ó malas, ya las costumbres influyen en la literatura, ó bien esta sea consecuencia de aquellas, es lo cierto que la condición de un país se halla siempre en armonía con la índole de sus obras literarias. Los grandes escritores del siglo de Pericles marcan la grandeza de Atenas; con Augusto llegó á su apogeo el poder de Roma; Luis XIV engrandeció la Francia protegiendo los doctos varones de su corte, y las naciones decayeron siempre acompañadas de literaturas ergotistas, amaneradas y obscenas con frecuencia.

Por esta razón las letras españolas revelan desde su primer albor el carácter constitutivo del pueblo. La religión, el honor, la galantería y el patriotismo eran sus principales rasgos característicos, y á medida que adelantan esas letras en cultura, se hacen más originales entre todas las de Europa, y como en Madrid escribían y en Madrid nacieron mucha y muy sana parte de los clásicos, de ahí que, tratándose de la índole social de la villa del Manzanares, no deba omitirse su fisonomía literaria.

De notar es también otra cualidad distintiva del idioma y escritos en castellano, propia de la viva imaginación de los países meridionales, aumentada con el trato de los árabes y estudio que de los libros arábigos tenía que hacerse; conviene á saber, una marcada tendencia á las imágenes, metáforas é hipérbolas atrevidas, que junto con la hermosa propensión á redondear el periodo, comunica al habla española la grandeza y magnilocuencia oriental, que nos envidian los mejores filólogos que han podido estudiarle. Claro es que mientras el lenguaje fué rudo y sin forma, no pudieron revelarse cualidades tan excelentes; mas apenas se formó salieron á luz hasta con exceso, á pesar de la servil-imitación latina á que los retóricos se afanaban por sujetarle, con más empeño que buena fortuna.

¡Oh, cuánto hubieran ganado Herrera y Garcilaso, por ejemplo, con saber menos latin! ¡Qué distintas serían las admirables composiciones de uno y otro si en vez de imitar á Horacio, Teócrito y Virgilio hubiesen permanecido completamente originales! Con perdón sea dicho de los que otro parecer sustenten, ya que no venga al caso detenerse á demostrar que así como tuvimos teatro y bellas artes sin auxilio de griegos ni romanos, lo mismo hubiéramos tenido lenguaje y literatura.

La última, en especial, que para desarrollarse y crecer ha necesitado siempre la protección de altos poderes, excepto en algunos países en nuestros días, tuvo la suerte en España de ser favorecida por tres reyes inteligentes, que tomaron con empeño elevarla al más alto grado. Isabel la Católica, literata y fomentadora de ciencias y artes y de cuanto al bien hablar se refiere; Carlos I, versado en idiomas hasta el punto de juzgar con acierto el valor y condiciones de cada uno, y Felipe II, conecedor del mérito de los libros que sus encargados le traían de todas partes, á costa de grandes dispendios, para la Biblioteca Escorialense, y la suya particular, que sólo en ellas admitía cuando por criterio propio rectificaba los errores que en la elección pudieron cometerse.

De esta manera la literatura castellana habia llegado á su mayor grandeza mediado el siglo xvi.

Francisco de la Torre vivió por este tiempo y se hizo notable por la dulzura de sus églogas campestres y ensayos de versificación en versos libres, á imitación de los antiguos, ensayos en que no tuvo competidores.

Don Diego Hurtado de Mendoza fué mejor prosista que versificador; sin embargo, hizo versos excelentes. Seria difi-

no igualar en gracia y ligereza su conocida letrilla, que principia así:

Esta es la justicia  
Que mandan hacer  
Al que por amores  
Se quiso prender.

Escribió también canciones de mérito y una fábula de Adonis en octavas reales; pero más que sus poesías le ha dado fama su *Historia de la rebelión de los moriscos de Granada*.

Al nombrar á Fernando de Herrera, excusado es decir que llegamos al período brillante y magnífico de la poesía castellana, iniciado por Garcilaso. La composición ostenta giros brillantes, conceptos magníficos, mayor armonía y robustez, pero á costa de lo natural y sencillo. Sirva de muestra la primer estrofa de la oda á D. Juan de Austria, una de las mejores de Herrera, que dice así:

Cuando con resonante  
Rayo y furer del brazo impetuoso  
A Encelado arrogante  
Júpiter poderoso  
Despeñó airado en Etna cavernoso.

Imágen atrevida, sonora frase, encierran estos versos; mas compárense con la dulce sencillez del cantor de Salicio y Nemoroso en los siguientes:

Por ti el silencio de la selva umbrosa,  
Por ti la esquividad y apartamiento  
Del solitario monte me agradaba:  
Por ti la verde hierba, el fresco viento,  
El blanco lirio y colorada rosa  
Y dulce primavera deseaba:  
¡Ay, cuánto me engañaba!

Discipulo de Herrera fué D. Francisco de Rioja; pero le excedió en corrección y sencillez. Elevado en sus pensamientos, dulcísimo en su estilo, da un tinte de melancolía filosó-

fica á sus composiciones que, una vez leídas nunca se olvidan, por más que no sea suya la canción á *Las ruinas de Itálica*, que principia con aquellos conocidos versos:

Estos Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Siguen los Argensolas (Lupercio y Bartolomé), que aunque faltos de robustez ó inspiración, fueron correctos y confiriéron el mal gusto que se infiltraba en nuestra poesía por los que, sin el genio de Herrera exageraban, queriendo imitarle, la pompa y sonoridad de sus versos.

Bartolomé Balbuena, poeta de grandes facultades, abusó de ellas con frecuencia, y Esteban de Villegas puede rivalizar con Anacreonte y Teócrito por la gracia y ligereza de sus eróticas, y yo no sé que le haya eclipsado nadie entre los modernos.

D. Juan de Jauregui adquirió fama desde 1607 por su traducción del *Aminta*, del Tasso, en que excedió al original. ¡Ojalá quien con tan buenos auspicios comenzó en la juventud no hubiera perdido su mejor tiempo en la imitación de la *Farsalia*, de Lucano!

D tengámonos un poco ante la memoria de D. Luis de Góngora, uno de los poetas de mérito más controvertido por sus contenciosos, y que ha logrado el raro privilegio de enriquecer la lengua con dos vocablos, *gongorismo* y *culleranismos*; tal es el embrollo metafórico, oscuro y alambicado á que le llevó su afán de singularizarse.

Está hecho un Góngora el cielo,  
más oscuro que su libro,

dice Rojas, ponderando una noche lóbrega, en su comedia *Sin honor no hay amistad*,

¡de qué se Quevedo llevar de su propensión á la sátira, en la polémica con el poeta cordobés, viejo, sacerdote y no muy diestro artificioso y embrollado en ociosas que el autor de *Las nueve musas castellanas*, llegó á escribir:

He de un arte mis versos con tocino  
Porque no me los muerdas, Gongorilla,  
suponiéndole sospechoso de judaísmo. Injuria la mayor en

aquellos tiempos, y hasta de consecuencias, en especial para un capellán de honor de Felipe III, que fué Góngora.

Pero los detractores sólo se fijaban en su *Polifemo* y sus *Soledades*, que verdaderamente son tan ininteligibles que es dudoso al escribirías las entendiera aquel *ángel de tinieblas*, como felizmente le califica D. Juan de Mañri, en su *España poética*, que de cuando en cuando despedía resplandores capaces de eclipsar a todos sus adversarios, exceptuando dos ó tres que con trabajo competían con él. Ninguno le excedió en riqueza de imágenes, variedad en las formas, tozania y colorido.

Sus canciones son todas modelo de composición sencilla, arreglada y conveniente. La que dedicó al armamento de Felipe II contra Inglaterra, es un canto guerrero enérgico, patriótico, religioso, con cierta rudeza en los sonidos, que cuadra perfectamente al argumento.

No es de alabar la invectiva que dirige á la reina Isabel; pudiera el poeta haber omitido el verso que toma de un soneto de Petrarca; pero el conjunto es armonioso y valiente á maravilla. Compara la situación de Inglaterra en lo antiguo y se la figura

Ahora condenada á infamia eterna  
por la que te gobierna,  
con la mano ocupada  
del huso en vez del cetro y de la espada,  
mujer de muchos y de muchos nuera.  
¡Oh reina torpe, reina, no, mas loba  
lividinosa y fiera,  
*fiamma dal ciel su le tue treccie pioval*

Esto excede los límites de la decencia, y no hay razón que pueda disculparlo.

En lo que Góngora no consiente rival entre los antiguos es en el romance. Para él no fué un juguete indigno del talento poético. Reconoció su importancia elevando este género á grande altura. No hay belleza que no se encuentre en los suyos, según lo requería el asunto. Brio y lozania en los caballerescos, frescura y sazón en los pastoriles, gracia y soltura en los cortos y jocosos.

Traza un cuadro completo en algunas pinceladas, según lo hace describiendo cómo se difunde una alarma.

Que los rayos de la luna

descubrieron las adargas.  
 Las adargas avisaron  
 á las mudas atalayas,  
 Las atalayas los fuegos,  
 los fuegos á las campanas,  
 y ellas al enamorado  
 que en los brazos de su amada, etc.

He querido detenerme algún tanto en Góngora, por ser uno de nuestros poetas de quien más varios son los juicios y seguramente de mérito más desigual.

No haré así con Lope de Vega, denominado en su tiempo el *Fénix de los ingenios*, pues su incansable laboriosidad es proverbial, así como se le reconoce creador de una poesía popular agradable á todos, á pesar de su incorrección y descuido en ocasiones. Su puesto se halla á la cabeza de los escritores dramáticos.

Pocos poetas habrá tan nombrados como D. Francisco de Quevedo y Villegas, pero más bien por sus obras jocosas, que son las peores, que por sus composiciones serias, en algunas de las cuales es admirable. Adversario de Góngora, como he dicho, no fué ménos alambicado y oscuro en muchas de sus composiciones; por jugar del vocablo, por hallar un consonante, sacrificaba el buen gusto y aun la decencia; él mismo lo confiesa, y no hay que extrañar que su genio incisivo le atrajese graves persecuciones.

En suma, era un gran talento é ingenio amenísimo, pero extraviado con frecuencia; digno de admiración en cualquiera de sus obras serias, pero nada recomendable en las demás.

Otros muchos distinguidos poetas honraron nuestra literatura en los siglos xvii y xviii, pero su influencia fué poca en las costumbres, y por eso dejo de mencionarlos.

No sucedió así con la poesía religiosa, la más popular y originalmente española, pues la profana tendia siempre á imitar los autores latinos, cuando no los italianos de su tiempo.

Pocos son nuestros poetas ascéticos; pero tan buenos, que será difícil encontrar en ninguna parte quien haya pintado tan bien el amor divino sin confundir los deliquios espirituales con los afectos mundanos.

Cuéntase entre los primeros vates de la sagrada musa á Fray Luis de León, nacido en 1527 y profesó en 1544 en el

convento de Agustinos de Salamanca. No hay que buscar en sus obras pompa en el lenguaje y oropel en las formas. Dicc las cosas más grandes en términos sencillos y naturales. Desprecia los goces deleznablez de la tierra, aspirando á la vida eterna con la sencillez del verdadero convencimiento, causando profunda emoción en sus lectores. Sirvan para demostrarlo algunas estrofas de su *Noche serena*:

Cuando contemplo el cielo  
de innumerables luces adornado  
y miro hacia el suelo  
de noche rodeado  
y en sueño y en olvido sepultado,

El dolor y la pena  
despiertan en mi pecho un ansia ardiente,  
despiden larga vena  
mis ojos hechos fuentes,  
Olarle, y digo al fin con voz doliente:

Morada de grandeza,  
templo de caridad y de hermosura,  
el alma que á tu altura  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel, baja, oscura?

Su oda á la *Ascensión* y la *Vida del cielo* son bien conocidas.

San Juan de la Cruz, nacido en 1542 y muerto en 1591, carmelita descalzo y coadjutor de Santa Teresa en la reforma de la orden, fué un poeta sagrado de verdadera inspiración y gusto. Nadie le ha excedido en delicadeza y sublimidad al expresar la unión del alma con Cristo su esposo. La dificultad del asunto no le hace perder nada su sencillez al escribir estrofas tan bellisimas como las siguientes:

¿A dónde te escondiste,  
amado, y me dejaste con gemidos  
Como ciervo huiste  
habiéndome herido;  
sali tras ti clamando y eras ido.

.....

Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras  
y pasaré los fuertes y fronteras.

El religioso agustino Malón de Chaide siguió las huellas de los anteriores, y el P. Sigüenza tiene algunas paráfrasis excelentes de los salmos.

En cuanto á la elevación espiritual nos ofrece un ejemplo Santa Teresa imposible de juzgar literariamente considerado. No es un estilo el suyo, es más bien la revelación de un éxtasis de amor divino. Así como en la prosa, todo es apasionamiento y espontaneidad en la poesía de la santa doctora. Las reglas están al servicio del corazón; cuando á este le estorban prescinde de ellas para mejor expresar el sentimiento y comunicarle á los lectores. ¿Cómo analizar la composición *Al amor divino*? No es posible, con arreglo al criterio humano, pues se hallan fuera de su alcance dulces transportes como los que inspiran aquellos conocidos versos:

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.

Al lado de tan sublimes ejemplos, y por desgracia demasiado cerca, hay otros cuya disparatada estructura conviene poner en evidencia por lo mucho que se han vulgarizado, á fin de neutralizar sus malos efectos en lo posible. El más frecuente son las jaculatorias ó redondillas con que por lo común se ofrecen los Dolores de Nuestra Señora. Bastará presentar una como escarmiento.

Por no ver tan tierno muerto,  
infante, al Dios que nos cria,  
huyen ¡qué penal al desierto,  
Jesús, Josef y María.

Por el mismo estilo son las demás. ¿No habría medio de sustituirlas con otras cualquiera, pues que peores no pueden ser, que al menos no se resistiesen á la prosodia? En algunos devocionarios ya se ha hecho así, pero son muy pocos los que han logrado sobreponerse á la viciosa ruina seguida



por largos años, porque las tales redondillas deben contar grande antigüedad, que nada importa precisar.

Si antes la piadosa indole de nuestros mayores á todo suplia, ahora no es así y conviene apartar el ridículo de cuanto á la devoción se refiere.

En el poema épico merec en el primer lugar D. Alonso de Ercilla, por su *Araucana*, algunos de cuyos trozos son dignos de Homero, según Voltaire; mas el conjunto carece de unidad y el asunto peca de humilde. En cambio, las descripciones de los caracteres, pintura de batallas, y sobre todo la enérgica elocuencia de los discursos que el autor pone en boca de sus héroes, le han conquistado la merecida reputación que goza.

Balluena compuso el *Bernardo*, *El siglo de oro* y *Grandezu mejicana*; sus demás otras se han perdido. Es poeta de relevantes prendas, aunque difuso y de mal gusto.

Lope de Vega cultó el poema con la misma profusión que los demás géneros de literatura. Los principales que dió á luz fueron *La Circe*, *La Andrómeda* y *La Filomena*; además se deben á su pluma *La corona trágica*, cuyo protagonista es la reina María Estuardo; *La hermosura de Angelica*, *La Jerusalén conquistada* y *La gatomaquia*, obra de las más bellas de nuestro Parnaso, que durante mucho tiempo se atribuyó á Burguillos.

Citaré, por último, *La mosquée*, de Villaviciosa, poema burlesco, pero tan ajustado á las reglas y tan ingenioso, que es considerado por muchos críticos como el único poema perfecto escrito en castellano.

Hablar de los *romances* nos llevaría demasiado lejos, pues fueron tantos los buenos que fuera prolijo contarlos. En el siglo xvii llegó este género á su mayor perfección, y no hay poeta distinguido que no se haya ejercitado en él. Por lo común era el asunto la vida y milagros de un santo, hazañas caballerescas, los crímenes de un facineroso, sucesos extraordinarios de todas clases y otros jocosos y divertidos. Alcanzaron los que pudieran llamarse callejeros gran popularidad, y es lástima que hayan degenerado estas composiciones vulgares en las estúpidas relaciones y copias que hoy día circulan entre las gentes sencillas. No eran de mérito superior, mas algunos tenían gracia é inventiva. Sus autores son desconocidos, aunque muchos fuesen estudiantes de los llamados *sopistas*, que los componían para atender con la escuela recon pensa que les daban por el original, á sus necesidades del momento. Los hubo de reputación favorable entre grandes y pequeños, por más que la generación presente lo

escuche con indiferencia. Permitaseme copiar la colección de los *Doce pares de Francia*, *La desgraciada Rosaura*; *Sebastiana del Castillo*, *El guapo Francisco Estéban*, *El marqués de Siete Iglesias*, *La matraca del estudiante* y el de *Pedro Cadenas*, al que atribuyen algunos la locución popular el *Otro*, por dos de sus versos, que dicen:

El uno era Alfonso Tello

Y el otro Pedro Cadenas.

Insisto en que su mérito era poco, sin embargo de ser en mucho superiores en fondo y forma á las copias de ciego que suelen ahora cantarse, cuyo menor defecto es su sencillez.

Así llegamos al siglo XVIII, en cuya primera mitad se advierte tan poca vida y movimiento poético, que se tuvo por antor de nombre á *Gerardo Lobo*, apenas digno de ser contado entre los buenos versificadores, aun recordando las décimas que comienzan:

Será punto principal

De un soldado verdadero

El no quitarse el sombrero

Aunque sea á un general.

Desprecie á todo oficial,

Hable con ceño cruel,

Y si disputan con él,

Sin que la razón le venza,

Encaje una desvergüenza

Al Arcángel San Miguel.

En 1737 apareció la *Poética* de D. Ignacio Luzán y las corrientes literarias tomaron mejor camino. Florecieron sucesivamente los dos Moratines, D. José Cadalso, D. Vicente García de la Huerta, D. Tomás de Iriarte, D. Félix María Samaniego, D. Juan Meléndez Valdés, D. Melchor Gaspar de Jovellanos, D. Nicasio Alvarez Cienfuegos y otros de menos nombre, restauradores de la poesía castellana en su completa decadencia; mas trataron de hacerlo siguiendo los autores griegos y latinos ó los preceptistas franceses, con olvido y aun desdeñando completo hacia nuestros clásicos, y esto frustró en parte su excelente propósito: Es menester—decían—romper los antiguas moldes; pero no acertaron á fabricarlos me-

jores, único medio de lograr su intento. Mucho debe á la erudición y buen gusto de Moratin, hijo, la literatura patria; dulcisimas son las anacreónticas de Meléndez y las letrillas de Cadalso; el apólogo y la tragedia clásica á los escritores de esta época se debe, y la comedia de Terencio en su pureza era desconocida hasta que la presentaron en nuestra escena.

El mal estuvo en querer ajustar la imaginación á los preceptos, en términos de quitarla su espontaneidad, escarmentados de la licencia en que la encontraron, cual si á esta loca de la casa no se la pudiera dirigir sin envolverla en ligaduras que impidan la gracia de sus movimientos. La índole de esta escuela fué sacrificarlo todo á la perfección métrica, á la pureza gramatical, á la ejecución artística. A los pensamientos, el plan, los caracteres no se concedió igual importancia. El preceptista se ha de ver siempre á través de la pasión y diferentes condiciones de los personajes. De ahí que excelentes obras, cual modelos de composición, carecen del vigor y energía que fuera de apetecer. *El café*, de D. Leandro Fernández de Moratin, es quizás la obra más perfecta de nuestro teatro, y sin embargo, el público tiene que hacer gran esfuerzo y acordarse de quien la compuso para escuchar aquella lección en dos actos de retórica y poética. *El delincuente honrado*, de Jovellanos, modelo artístico y literario, hecho al parecer con regla y compás, se aceptó en su tiempo en gracia del ilustre nombre de su autor; hoy es dudoso que nadie tenga paciencia para leerle desde su principio hasta concluir.

Puede aplicarseles el dicho de un inteligente autor francés: la demasiada regularidad es insoportable.

Samaniego y Cienfuegos se apartaron de senda tan monótona; pero quien se opuso al torrente con todas sus fuerzas fué García de la Huerta. Su vida pasó en lucha sin tregua contra los preceptistas en defensa de nuestros autores del siglo de oro; conocía la necesidad de una regeneración, pero aspiraba á ella sobre la base de los clásicos castellanos, sin mezcla alguna de extranjerismo. Con este propósito escribió *la Raquel*, que alcanzó un éxito extraordinario, verdaderamente nacional. Todos los teatros la pusieron simultáneamente en escena, sacándose más de dos mil copias para América, antes que su autor preparase la impresión, que se reprodujo hasta once veces. A toda clase de personas se oía repetir de coro aquellos magníficos versos de la exposición, que comienzan:

Toda júbilo es hoy la gran Toledo,

y el Parnaso castellano tuvo la tragedia más puramente española de cuantas conocia.

Sin embargo, la influencia de las ideas era tan grande que Huerta, á pesar de su independencia de carácter, se sometió en su obra al rigor de las tres unidades de tiempo, acción y lugar, circunstancia que le impidió poner en juego los grandes recursos que mayor amplitud le hubiera proporcionado para conducir la intriga y realizar la catástrofe sin apresuramiento.

No gozó de su triunfo sin amargura. La corte de España andaba en negociaciones á fin de obtener la canonización de Alfonso VIII cuando apareció la *Raquel*, y su fama bastó para dejar á un lado el propósito de colocar en los altares un Rey á quien la tribuna de público amistad escandalosa con una judía, por más que fuese patraña vulgar. Al justo reparo de la curia romana se le hubo que oponer, y Huerta murió abrumado de persecuciones, que su genio indomable aumentaba.

A principios del siglo XIX disfrutó merecida fama el poeta madrileño D. Juan Bautista Arriaza, glorioso cantor de la independencia española en la guerra contra Bonaparte.

No es para olvidado el entusiasmo producido por la canción patriótica, cuyos primeros versos dicen:

Vivir en cadenas  
¡cuán triste vivir!  
Morir por la patria  
¡qué dulce morir!

Si algo les falta para ser excelentes, en cambio fueron oportunos, como también el magnífico himno al *Dos de Mayo*, del que son las estrofas siguientes:

E te es el día en que con voz tirana  
«sois esclavos» la ambición gritó:  
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,  
muertos, sí, dijo, pero esclavos no.

.....  
Vedlos cuán firmes á la muerte marchan  
y el noble ejemplo de morir nos dan:  
sus cuerpos yacen en sangrienta pira,  
sus almas libres al empireo van.

Su popularidad fué tanta, que no se hallará poeta de quien más composiciones se hayan puesto en música, bien para excitar el ardor guerrero, ya expresando sentimientos de amor. ¿Cuál de nuestras madres ó abuelas no habrá cantado alguna vez en sus juvenudes las tiernas estrofas de la *Despedida*, que comienzan:

Ya llegó el instante fiero!

ó las no menos dulces cantinelas: *El pescador*, *La declaración*, *El sueño*, etc. A pesar de los cambios introducidos en la poesía, aun se conservan con aprecio en la memoria.

No hay motivo para el injusto desprecio con que parecen considerar algunos vates los versos de Arriaza. Si no son modelos escogidos, se recomiendan por su facilidad, armonía, variedad de imágenes y sencillez. Composiciones que así logran cautivar la atención y hacerse familiares entre las personas cultas, mérito deben tener.

Pero la gratitud ha sido funesta á la reputación de Arriaza. Fué el único poeta de algún vate que tributó elogios á Fernando VII, su mecenas. Si no se olvidan, como de mal grado, sus buenos cantos populares, más presente aún se tiene que dijo en los albores de la reacción de 1814:

Sube al trono, Fernando querido;  
sube en brazos del pueblo más fiel,  
tú le harás tan feliz como has sido  
satisfecho y vengado por él.

Esto ha matado á aquello. Pero ya es hora de juzgar en razón; los epitalamios, inscripciones para los arcos triunfales y otras lisonjas palaciegas, no son ciertamente lo más escogido de las obras de Arriaza, ni tampoco han faltado á este imitadores en lo sucesivo con el mismo Monarca y con menos disculpa, sin que nadie les pida cuenta. Haya indulgencia para todos y dese á cada cuál lo suyo.

Como á la zaga de los autores de principios del siglo, les servía de recreo y entretenimiento en sus tertulias habituales de las librerías de Quiroga, Viana y Hurtado en la calle de Carr. tas un tipo original, que llegó á tener en la corte celebridad poco envidiable. Era un buen hombre de mediana edad á quien había dado por ser poeta, y no fué lo peor que él se lo figura e, sino que le siguiesen la manía varones de ciencia y saber acreditado, hasta el punto de tras-

tornarle el juicio, contribuyendo á que el *Diario de Madrid* insertase algunas de sus desdichadas composiciones, bajo el seudónimo de *El Pastor Ravadán*, que habia tomado, siguiendo la costumbre de adoptar nombres pastoriles, establecida entre los árcades de Roma.

En balde fué que algunas personas caritativas tratasen de volverle en su acuerdo; consideraba sus amonestaciones como efecto de la envidia, y vino á completar sus extravíos una supuesta condecoración, cuyo título é insignias hicieron llegar á sus manos como remitidos por el emperador de Rusia en premio á su distinguido mérito. Y no sólo lucía su gran placa, sino que con ella le retrató en busto, de tamaño natural, un maestro de la Academia de Nobles Artes, quien le dió por modelo á un su discípulo que esto escribe.

Resultó, por último, lo que acontece en tales casos: el hastio sucedió á la chanza; los burladores abandonaron al pobre Ravadán, que murió consumido por la lectura y el trabajo, como dice el Sr. Mesonero Romanos, encargado de un baratillo de libros viejos al aire libre en la plazuela de las Descalzas. Unicamente algunos jóvenes escolares de Santo Tomás lo acompañaban en su desamparo. Los tertulianos de las librerías nada hicieron por el desgraciado objeto de su poco humanitaria diversión.

Pasando á la literatura dramática se halla un campo tan vasto que fuera imposible recorrer sin largo tiempo y profundas meditaciones; mas ni conviene á mi propósito hacerlo, ni fuera conveniente detenido examen, cuando sólo trato de aquello que á la vida social de Madrid se refiere, y para ello bastará escoger lo que al intento cumple, dándome por dichoso si en verjel tan ameno acierto á cortar alguna hermosa flor, pues sin belleza muy pocas hay, indio del espíritu que dominó en la villa en sus diversas épocas.

¿Es el teatro escuela de las costumbres, ó las costumbres se imponen en la escena? De cualquier modo, resultaran las representaciones dramáticas e-popo fiel del sentido moral de los pueblos, como hemos visto sucede con los demás géneros literarios. No hay que remontarse á tiempos lejanos para demostrar tan palpable verdad. El siglo pasado, á los últimos, ceremonioso, cumplimentero, considerando la etiqueta cual segunda naturaleza, tuvo su teatro sujeto á número y medida; vino después el melodrama sentimental con pretensiones de filosófico, porque ser filósofo era moda. Desde 1836 el romanticismo sin trabas, caballeresco, fecundo en impresiones fuertes, respondió al espíritu de una sociedad ansiosa de reformas, de un país convertido en vasto campa-

mento, regido por una madre en nombre de su hija, niña cuya cuna era un trono, sin más garantía que la hidalga condición de sus defensores; hoy es y el carácter del teatro es no tener ninguno, como el de la sociedad es la indiferencia y el escepticismo. Bailes, ejercicios acrobáticos, revistas de costumbres, imitaciones del francés bien versificadas, y si acaso, alguna composición del género *realista*, pero realmente presentando sólo el mal, como si el bien no fuese igualmente realidad notoria.

Es bastante hacer por ahora. Otra cosa fuera de éxito muy dudoso.

Pues siendo el teatro reflejo de las costumbres, permitid ha de serme considerar un tanto las obras de los autores, eminentes en su mayor parte, que para Madrid con especialidad escribieron, dentro de su recinto nacieron los principales, y en su modo de ser ejercieron influencia, que se transmitió á los pueblos más civilizados.

El primero que se nos presenta es el fecundísimo Lope de Vega Carpio, que dejó escritas, al morir en 1635, 1.800 comedias; él mismo confiesa que *La moza de cántaro* completaba el número de 1.500, prodigiosa fecundidad que apenas se comprende y autoriza el nombre de *Monstruo de la naturaleza* que dió Cervantes á su autor. ¡Funesta facilidad que nos privó de innumerables bellezas! Si en vez de más de 100 comedias que sólo le costaron un día de trabajo se hubiera tenido á corregir sus defectos, ¿qué tesoros de ingenio no contaríamos hoy en sus obras? Ha dicho, no recuerdo quién, que los errores de nuestros dramáticos antiguos eran sobra de ingenio. Acertada calificación, pues con menos confianza en su numen y juicio más recto hubieran llegado á la perfección absoluta.

Por otra parte, Lope de Vega despreciaba en demasía la opinión pública. Nadie ignora que declaró á la faz de sus contemporáneos que

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto.

Será cierto, por desgracia; pero debió advertir, con mayor razón, quien la paga no ha menester, que el reino de los necios es inmenso y en todas las cosas hay precisión de contar con ellos en primer término, y más obligados se hallan los hombres á quienes se concedió talento superior para enseñar á los otros, si bien no choquen de frente con sus pro-

cupaciones, causa de ruina para muchos genios superiores. Vivía Lope con holgura é independencia, madrugaba al romper el día, y después de regar las flores de su jardín sentábase á escribir un acto de sus comedias antes del almuerzo. Cuéntase que en cierta ocasión salió muy contento á la calle, sin terminar su tarea, en dirección al Prado de Atocha.

—¿Adónde bueno la honra mantuana?—le dijo Quevedo, que inmediato vivía y en opuesta dirección caminaba.

—Al mandar de vuestra merced, Sr. D. Francisco, aunque de nada podré servirlos, según soy menguado y para poco.

—¿De cuándo acá tan desconfiado de sí mismo el *Fénix de los ingenios*?—repuso Quevedo.

—Desde que dejó encerrados tres galanes en el retrete de una dama y no acierto cómo sacarlos.

—¡Ira de Dios! Prenda vuestra merced fuego á la casa y ellos saldrán sin que ni aun tenga el trabajo de ayudarios á salir.

Dicen que Lope aprovechó el consejo: volvió á su morada y terminó una de sus mejores comedias.

Su reputación no admitió rivales ni envidiosos: solamente un doctor de Alcalá, D. Pedro de Torres Rambla, fué osado á escribir en latín una diatriba contra tan esclarecido genio, y tuvo que imprimirla en París, dando ocasión á que dijese, refiriéndose á ella, el erudito Mr. Puibusque: «La envidia misma se vió precisada á pasar la frontera para derramar su ponzoñoso hiel.»

Las gentes le consideraban cual un prodigio, señalándole á su paso, y se paraban á contemplarle, siendo muchos los extranjeros que venían á Madrid sólo por conocer el oráculo universal en literatura. Fué modesto en su trato y favorecido por el pontífice Urbano VIII con una carta de su mano, remitiéndole el título de doctor en teología y el hábito de San Juan en agradecimiento al poema *La corona trágica*, que le dedicó.

Las glorias del Teatro Español no murieron con Lope de Vega, antes bien renacen más brillantes, más genuinamente nacionales en D. Pedro Calderón de la Barca. Con menos delicadeza al expresar los sentimientos, ostenta más vigor en el plan; no admite transacciones en asuntos de honra; jamás queda sin castigo el menor agravio contra la fe conyugal, y en muchas de sus comedias la catástrofe fuera horrible á no ser por la naturalidad con que el autor considera y trata su término fatal.

Oigamos algunos períodos del crítico alemán Mr. Schlegel acerca de Calderón, en su *Curso de literatura dramática*:



«Apareció, en fin—dice—D. Pedro Calderón de la Barca, escritor fecundo, genio no menos poderoso que Lope, pero mucho más poeta; poeta en toda la extensión de la palabra, si alguna vez ha merecido un hombre este epíteto... En el número casi infinito de sus obras no se encuentra nada debido á la casualidad: todo está hecho con la habilidad más completa, por medio de principios seguros y constantes y con miras profundamente artísticas. Hasta en los dramas de Calderón, que representan costumbres modernas, y que casi todos desprecian al carácter de la vida común, se siente uno encadenado por un atractivo fantástico, sin que pueda considerarlos cual comedia en el sentido ordinario de la palabra.»

El escéptico Goethe ha demostrado igual aprecio por Calderón, y al cabo de algunas controversias su mérito se ha reconocido superior al de los mejores dramáticos franceses é italianos, al nivel de Shakspere y de Schiller, mérito contra el que no tuvo jurisdicción el último de sus ochenta y un años, en que compuso la comedia titulada *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*.

Ciento veinte comedias nos quedan de Calderón, sin contar los Autos sacramentales, loas y zarzuelas; las primeras pueden calificarse en dos clases: de capa y espada, en que llegó al extremo y las históricas ó mitológicas, á través de cuyas bellezas admiran los anacronismos que se permite el autor, sus errores en geografía, en nombres y fechas. Hasta un extremo imposible de concebir en persona medianamente culta.

He dicho se permite, porque nunca imaginé que Calderón y los dramáticos de su tiempo admitie en los absurdos que escriben. Muchos de ellos viajaron largos años en lejanas tierras, residieron en el extranjero hasta edad madura, y todos tenían profundo conocimiento de los autores latinos. ¿Cómo siendo así olvidaban los monumentos históricos de Roma, que era imposible desconociesen, la situación y nombre de los países que cruzaron y la minuciosa enseñanza de los clásicos antiguos? No creían, seguramente, que Ulises tuviera igual manera de sentir que un duque de Milán, ni que Circe gastase guardainfante y chapines; pero juzgaban sin duda, que el público no les reconocería de otro modo y evitaron exponerse á dar lecciones á quien temieron las recibiese mal.

D. Agustín Moreto es tal vez el más aventajado de la escuela calderoni na; quizá supera en corrección á su fundador, así como en buen juicio y detenimiento. Escribió el pri-

mero comedias de carácter, y lo hizo con buen resultado en *El lindo Don Diego* y *El marqués del Cigarral*. En sus comedias históricas pinta muy bien los caracteres. El del rey D. Pedro en *El rico hombre de Alcalá* es un verdadero retrato.

D. Francisco de Rojas merece grande aprecio por sus comedias de capa y espada.

El mercenario maestro Gabriel Tellez, escritor dramático bajo el seudónimo de Tirso de Molina, fué un genio verdaderamente original. Su estilo es completamente diverso del de Calderón: intencionado, atrevido y libre en sus argumentos, expresiones y conceptos; fué el poeta de mayor desenvoltura y malicia de nuestros antiguos. Quevedo era más suelto de lenguaje; pero no se proponía un fin como Tirso llevaba siempre en sus composiciones: *Marta la Piadosa* es una sátira contra la mojigatería, superior á la de Moratín, y que el mismo Voltaire no hubiera tenido motivo para desear. *Por el sótano y el torno*, *La celosa de sí misma* y *Privar contra su gusto*, tienen superior objeto que entretener algunas horas. Hizo profundo estudio del corazón humano, á su manera, poseyó inimitable gracia en el decir, conocimiento admirable del idioma y cuantas dotes pueden enaltecer á un poeta cómico. Al mencionarle se agolpan al pensamiento los rasgos con que su brillante imaginación traza, á lo Goya, los cuadros que desea poner á la vista.

Sirva de muestra; tomado al azar, el retrato de un sanador de su tiempo:

Va montado en un machuelo  
que en vez de caminar vuela,  
sin parar saca una muela;  
más almas tiene en el cielo  
que un Calfgula ó Nerón;  
conócenle en cada casa;  
por donde quiera que pasa  
le llaman la Extrema-Unción.

No estuvo exento de los defectos de su siglo; pero bien puede asegurarse, de acuerdo con el parecer del Sr. Mesonero Romanos; que sin tener que sufrir la peligrosa concurrencia del asombro de aquella edad, el gran Lope de Vega, él sólo, sin duda, hubiera bastado para imprimir á nuestro teatro el carácter que le distingue de los demás de Europa.

El gran defecto capital de Tirso, según deajo indicado, es su excesiva liviandad en la acción y en los conceptos; por más que entonces á ciertas palabras y frases, que ahora con razón se reprueban, las autorizaba el uso, sea por menos malicia de las gentes: ó por carecer de la fuerza y alcance que después han adquirido.

No podía ser Tirso una excepción de la regla entre los escritores del siglo XVII, y con mayor causa cuando se aprobaba su conducta por D. Pedro Calderón de la Barca, como censor eclesiástico, en los términos que siguen:

«He visto—dice—por mandado de V. A. el libro titulado *Quinta parte de las comedias del maestro Tirso de Molina*, en las cuales no hallo cosa que disuene á nuestra santa fe y buenas costumbres, antes hay en ellas mucha erudición y ejemplar doctrina por la moralidad que contienen, encerrada en su apacible y honesto entretenimiento, efectos todos del ingenio de su autor, que con tantas muestras de ciencia, virtud y religión ha dado que aprender á los que deseamos imitarle.»

Casi tendríamos que alabar al P. Tellez por su muy contenido lenguaje en vista de tales aprobaciones, pues no es la única en que se le declara poco menos que sospechoso de herejía, si bien es suficiente como elogio presentarle cual ejemplo digno de imitación.

La época gloriosa del Teatro Español despidió sus últimos fulgores con D. Antonio Zamora y D. José de Cañizares. Termina en ella la nómina de los grandes dramáticos nacionales del siglo de oro; grandes en sus defectos, pero tan grandes también en sus bellezas, que á ellos acudieron en busca de lo sublime los poetas más eminentes del extranjero. En Guillén de Castro, Alarcón, Moreto, Mendoza y Calderón de la Barca, buscaron inspiración y argumento Corneille, Moliere y Racine. Hasta los buenos críticos franceses, desde Voltaire á Villemain, confiesan cual verdad manifiesta que sus dramáticos de primer orden se han formado estudiando el Teatro Español. Un famoso crítico ha dicho: «En el extraordinario número de comedias que tienen los españoles, apenas se encuentran ideas tomadas fuera, sino que, al contrario, sus poetas dramáticos son los que han abastecido de ellas á todos los teatros de Europa.»

De un modo bien fatal comenzó para el nuestro el siglo XIX, siguiendo su pendiente desastrosa hasta los últimos años. Si los mezquinos autores que surtían nuestros coliseos hubieran imitado bien, al menos, el Teatro Francés, entonces en su apogeo, el mal no fuera tan grande; pero estaban lejos

de poderlo hacer desconocieron hasta el idioma. Copiaban como por referencia lo extraño, imitaban como se hallaban aún de imitar en los defectos á los de casa. Un tal Cornella, desventurado escritor á destajo por una miserable recompensa, adquirió la triste celebridad de resumir la representación de aquella época.

El sabio D. Alberto Lista, en sus *Ensayos críticos y literarios*, caracteriza así al sistema y su representante:

«Las obras maestras de este género son, dice, *La esclava del Negroponto*, *La moscovita sensible*, *Maria Teresa de Austria*, *Federico II*, *Carlos XII*, que volvieron loco al público, cuando se representaron por primera vez. Estas composiciones tenían muy poca originalidad. El tipo de ellas era el melodrama francés. En las comedias de costumbres (porque también las produjo esta escuela) se nota la imitación de nuestro teatro antiguo en cuanto á la aglomeración de los incidentes, y la del Teatro francés por el lenguaje y la estructura de las unidades. Pero ni consiguieron nunca el éxito y esplendor como Calderón, ni describieron creaciones tan profundas y profusas como Moliere. En cuanto á la versificación, se imitaba á Garcilaso, á Lope y á Calderón, é imitándose á los personajes el idioma de la conversación. Así, en todas las verdades, no fueron cutitos como Genesio, ni como el tío como Quevedo, ni disparatadamente hipocritas como el tío Juan y Monroy. Fueron cosa mucho peor, pero no tan mala, o sólo al ingenio que brilla entre la uniformidad, que también al sentido común, á la nobleza, á la dignidad, á todos los dotes, en fin, que deben caracterizar al lenguaje de las musas.»

El leer, como es cierto, que estos malos ejemplares *voltaban loco al público*, confirma la idea de que los buenos autores antiguos cometían á sabiendas los errores literarios que se les culpa, pues de otro modo no se les entendían; pues nada es comparable á los dislates presentados en las comedias que cita D. Alberto Lista y otras muchas que daba de sí la facundia de los proveedores de las compañías de la Cruz y del Príncipe. En una de ellas, para hacer resaltar el mérito del protagonista, se supone á Luis XIV mandando á un capitán con cuarenta soldados tomar un fuerte situado en el campo de Madrid por numerosas tropas; en otra, un conocido personaje vive en Madrid disfrazado, ejerciendo la industria de viajero, repartiendo su género por las casas, con los zócalos al hombro, para mayor disimulo; Federico II, en muchas, es una especie de caricato; Carlos XII de Suecia un atolondrado pendenciero y provocador, y Maria Teresa un sargento

con faldas, al modo que hemos visto representar á la Gran Duquesa en la zarzuela de este nombre. Los negros sensibles hablan con arreglo á la filosofía de J. J. Rousseau, y las viudas del Malabar, al subir á la hoguera, dan ciento y mano á la misma Safo, preparándose á dar el salto de Leucade.

Lástima que no sea oportuno copiar algún trozo de tales melodramas y tragicomedias, pues en cuanto á divertidos nada dejarían que apetecer. ¿Pues y los autos unipersonales? ¿Y los sainetes? contemplando en los primeros á Guzmán el Bueno dando voces, á sus solas, en la duda de si libraría á su hijo ó defendería la plaza, ó en los segundos atropellada y puesta en ridículo toda persona decente. ¿No es raro fuese aquel tiempo el verdadero de los *chorizos* y *polacos*, ó lo que es igual, partidarios de uno ú otro actor? pues sus denominaciones traen origen de la gracia con que cierto característico comía chorizos crudos en la escena, y de haber presentado un director la comedia *Más vale tarde que nunca* con sus trajes propios á la polaca.

En cuanto á la vestimenta no había que pensar en propiedad alguna. Años después deploraba Moratín la costumbre de vestir á Semíramis de tontillo, á Julio César de diplomático moderno y á Aristóteles de abate. Todavía he conocido en un teatro de provincia solicitar de un escribano la casaca para representar á Telémaco con más decoro.

Era ya á principios de nuestro siglo, y probándose una toga á la romana, decía un cómico de los primeros al célebre Maíquez:—¿Dónde he de guardar mi pañuelo y la caja del tabaco en este ropón?—No tenga V. cuidado, yo le pondré bolsillos—e contestaba el distinguido actor, que tanto trabajó por dar propiedad á las representaciones.

Corría la misma fortuna el aparato y menaje teatral, que hizo escribir al poeta Arriaza, de que ya hemos hablado, pintando la escena de cierto drama en que aparece la heroína llevando en la mano una cabeza cortada:

La sangre que las tablas va regando  
causara horror, si no se conociera  
que es un pinzajo lo que va colgando.

Por fortuna hubo críticos de buen gusto que, haciéndose superiores á los aplausos del vulgo, emprendieron levantar de su postración vergonzosa la literatura dramática. Huyendo de semejante desconcierto cieron en el extremo contrario, declarando fuera de la ley del sentido común cuanto no estu-

viera sujeto á reglas y unidades, de acuerdo con Horacio y Boileau. Esta fué la razón de que el teatro siguiese muchos años sin mejora ninguna. El gusto de los espectadores, extrañado por tanto disparate á su imagen y semejanza, mal podía contentarse con las producciones deslabazadas y sin sabor que les ofrecían en cambio, por modeladas que fuesen en la escuela de los más sabios preceptistas.

Para entonces se hicieron aquellos conocidos versos:

Y español que tal vez recitaría  
quinientos versos de Boileau y el Tasso,  
puede ser que no sepa todavía  
en qué lengua los hizo Garcilaso.

En el pecado llevaron la penitencia, porque ni D. Tomás Iriarte con su *Señorito mimado*, ni con la comedia de costumbres *Hacer que hacemos*; ni D. Nicolás Moratín con *La petimetra*; ni Jovellanos con *El delincuente honrado*; ni Trigueros con *Los menestrales*; ni Meléndez Valdés con *Las bodas de Camacho*; ni Forner con *El filósofo enamorado*, lograron hacerse entender del público, y algunas de estas obras ni aun llegaron á representarse, por más que había quien les tributase mercedos elogios.

Cúpole esta gloria á D. Leandro Moratín, superior á todos los reformadores, que á pesar de su exclusivismo supo dar interés á sus obras, ofreciendo al público en la escena sus extravagancias y defectos al natural. Además, su perfecto conocimiento del lenguaje, el talento con que presenta los incidentes, la verdad de los caracteres y el conocimiento profundo del teatro, hacen de sus obras un monumento digno de estudio, exceptuando una de ellas, en que olvida que al público hay que enseñarle sin que conozca la intención. Le falta espontaneidad y lirismo, es cierto, pues mal podía tenerle cuando él mismo sujetaba las alas á su genio impidiéndole remontarse por los medios que otros llegaron á la inmortalidad, sin demostrar tan fatigoso estudio para subir; pero justo es reconocer que á Moratín se debe la restauración del buen gusto; sea cualquiera la forma en que lo hiciere. Luchó contra las preocupaciones de su tiempo y las venció; tuvo enemigos y fué poco afortunado. Hoy, lejos de los apasionamientos de escuela, no hay motivo para desdeñarle, reconociendo que si en literatura sólo existe lo bueno y lo malo, pertenezca al género que quiera, siempre corresponderán al primero *El viejo y la niña* y *La mojigata*.

Huerta, Cienfuegos, Ayala y sobre todo Quintana, ayudaron poderosamente con sus tragedias á la reforma, y no trabajó poco para conseguirla como actor el inapreciable Máiquez, auxiliado de tan excelentes discípulos cuales fueron Rafael Pérez, el mejor de todos, Caprara, Cristianí, Oros, Carretero, y de las actrices María García, Gertrudis Torre, la Virg y algunos más, que fuera inútil encarecer sin excitar sospechas en quien no los ha conocido, pues la gloria escénica pasa con los que la adquirieron, sin dejar pruebas de su fundamento que no puedan contradecirse como efecto de parcialidad ó error de los contemporáneos.

Uno del príncipe de los actores españoles ruega al lector al llegar aquí á lmita-su despedida hasta el capítulo inmediato, en que terminará la breve reseña literaria, relacionada con la vida social del pueblo madrileño.

## VI.

Al tratar de nuestra literatura en verso con preferencia á la prosa, no he querido establecer prerrogativa en favor de la primera, sino más bien seguir la marcha que ambas han llevado en España. En todas partes la poesía aparece con antelación á la prosa; pero en nuestro país sobre todo camina ésta de una manera tan lenta y difícil, cuando la poesía muestra lozana sus primeras galas, que para encontrar testimonios del brio, dulzura y majestad del idioma castellano desde su trabajosa formación, es preciso remontarse al *Poema del Cid*, á mediados del siglo XII, en el siguiente á los versos de Gonzalo de Berceo y Juan Lorenzo, á *El tesoro y Las querellas del rey Sabio*, á la *Cronica* de Pero Lope de Ayala en el XIV, y en el XV á *El laberinto* de Juan de Mena ó las *Coplas* de Jorge Manrique.

Causa de tan laboriosa formación del lenguaje natural, reconoce por fundamento que nuestros hombres de letras se propusieron como punto de honra cultivar el latín empleándolo en todo género de escritos, por más que el carácter de éstos no fuera científico ni adecuado para el caso, dando al idioma nacional en menoscabo el título de *romance*, es decir, latín corrompido, propio de gente vulgar, indigno de ser escrito por varones doctos.

Con mejor acuerdo Alfonso X, á quien la posteridad reconoce con el sobrenombre de Sabio, justamente adquirido por el Rey, que á pesar de los contratiempos que le ocasiona-